

Sol Serrano (Editora)

Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile, 1837-1874.

Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago, 2000.

ESTE TEXTO CONTIENE, a la vez, dos partes que bien pudieron ser dos libros diferentes. El Estudio Preliminar, que ocupa las primeras 112 páginas, y los 13 «diarios de religiosas», contenidos en las 240 páginas siguientes. Sin desconocer la importancia y utilidad de los «diarios», así como la belleza y espontaneidad de sus relatos, aquí nos ocuparemos preferentemente del Estudio preliminar.

La historiografía nacional ha sostenido, explícita o tácitamente, que el proceso de secularización de la sociedad chilena habría sido una etapa ineludible en el tránsito a la modernidad, sustentado en el principio de que los cambios históricos siguieron una determinada evolución cuyo sentido es posible establecer. La autora de este Estudio preliminar desafía abiertamente esa interpretación concluyendo que, sin desconocer la separación de la Iglesia del Estado que impulsa la secularización institucional, la sociedad decimonónica no pierde su religiosidad. Antes bien: si toma-

mos como indicador el número de vocaciones femeninas a la vida religiosa activa (que pasa de 18 a 768 durante la segunda mitad del siglo XIX), la religiosidad se habría acrecentado.

Lo que ocurre es que este estudio preliminar sitúa su análisis al nivel social, al nivel de las conductas, actitudes y comportamientos religiosos de los individuos, más que en el solo juego de las ideologías políticas y filosóficas que animaron la creación de un Estado más plural y de una elite intelectual más racional. El estudio del tema secularización-pervivencia de la tradición, exige ser tratado a niveles más profundos que la sola aproximación al juego político doctrinario. Este es un tema esencialmente religioso, pero también sociológico, y tanto la historia religiosa como la historia social y de las mentalidades tienen mucho que decir al respecto. Es necesario dejar de privilegiar visiones predominantemente apologéticas y auscultar mejor, por ejemplo, la religiosidad

popular; cuánto se identifica el sentimiento religioso popular con la religión; cómo operaba el inconsciente colectivo en lo religioso, en el entendido de que toda religiosidad responde a una conciencia colectiva.

La autora del texto que nos preocupa aquí estudia específicamente el aporte del clero femenino, pero sus conclusiones son igualmente válidas para la acción de los sacerdotes, especialmente del clero secular distribuido a lo largo del país en cada una de las parroquias aldeanas y de los centros urbanos. En estas comunidades locales, el sacerdote crea o refuerza los mecanismos de control de las conductas religiosas y participa en el disciplinamiento de los transgresores conjuntamente con los representantes del Estado. ¿Quiénes son estos sacerdotes? Desgraciadamente ignoramos casi todo sobre su origen, su formación y su vida espiritual, pero sabemos mucho de su celo misional, de su rigor pastoral y de su preocupación educativa, que se esmeran tesoneramente por difundir con éxito en su jurisdicción. Es posible pensar que detrás de esta acción hay una formación seminario eficaz que recoge las propias transformaciones de la Iglesia católica. Estas comunidades, todavía pequeñas durante el siglo XIX, pudieron ser fácilmente controlables

para la acción evangélica del sacerdote (probablemente más que en la vasta ruralidad del siglo anterior), quien, además, profesionalmente estaba mejor capacitado. Así, es muy probable que todo ello se tradujese en un aumento de la vida religiosa de la comunidad, expresada en una participación más intensa en las actividades litúrgicas, en los cumplimientos sacramentales y en la adhesión mental (consciente o inconsciente) a la explicación religiosa de la realidad. Otra cosa es cuánto se identificaba la religión con el discurso, cuánto de religión natural, de brujería, de magia y hasta de herejía había en ello.

Los sacerdotes parroquiales habrían sido a su comunidad, lo que las monjas de la vida activa -según las autoras- fueron a la sociedad en general. Un aspecto interesante que queda por resolver es cómo influyó en la formación de estas monjas una doctrina de fuerte influencia jansenista, muy presente en Francia, y que probablemente también influyó en los Seminarios para la formación del clero secular. Cuánto se asumió, y se transmitió, a los fieles la noción de la culpa.

Si bien este Estudio preliminar sólo da cuenta de la participación de las congregaciones femeninas, el rigor del análisis de la autora permite extender sus conclusiones a toda la vida religiosa que

impulsó la Iglesia católica durante el siglo XIX. El estilo literario agradable, sutil y, a veces, hasta desenfadado, permite aceptar sin cuestionamientos las hipótesis sobre el fortalecimiento de la vida religiosa chilena durante el siglo

XIX, no obstante la secularización del Estado, sobre el rol activo en el disciplinamiento social y sobre los cambios en la forma de entender y de vivir la religión.

RENÉ SALINAS MEZA